



“Cetología” ¿Era epistemólogo Melville?

Ricardo Teodoro Ricci

Médico Clínico. Profesor Titular (Retirado) de Antropología Médica- Facultad de Medicina. Universidad Nacional de Tucumán – Argentina.
Correo electrónico de contacto: riccirt@fm.unt.edu.ar
Recibido: 18 de Febrero de 2022 – Aceptado: 25 de Febrero de 2022.

¿Por qué me tengo que exponer yo a leer un libraco kilométrico como Moby Dick? Una pregunta que hasta algunos avezados lectores se hacen en la intimidad. Los que saben, no dudan en afirmar que Moby Dick es una de las novelas fundamentales de la literatura universal. Parece ser que, como fue publicada en 1851, tiene todas las características de una época en la que el valor del tiempo era menospreciado o, por el contrario, se contaba con un superávit de dicho bien, de modo que podían encararse empresas interminables como leer la obra más famosa de Herman Melville. Bromas al margen, debo reconocer que leerla es una experiencia extraordinaria dada la variedad de temas tratados y la contundencia moderna con que el autor desarrolla su relato. Ya lo veremos, Moby Dick es mucho más que la novela de una ballena blanca.

1

Para hacer especial referencia al tema anunciado en el título: ¿qué necesidad tiene Melville de inmiscuirse en cuestiones científicas cuyo objeto de estudio son las ballenas y los cetáceos en general? ¿Lo impulsa un real espíritu científico, o encontró un modo de incrementar la cantidad de páginas de su monumental obra? Generalmente, en una novela, resulta aburrido y fuera de lugar extenderse en complicadas taxonomías y disquisiciones zoológicas. La ortodoxia del género narrativo, manda que las cuestiones científicas podrán coquetear con las empíricas, pero nunca con las ficciones, nunca con la imaginación.

Pues Melville decide hacer caso omiso a estos restrictivos mandatos, y propone un exquisito coctel de ciencia, experiencia, memoria e imaginación. Melville logra confeccionar una novela ejemplar recurriendo a todos los elementos que tiene a la mano. El resultado de ese “blend”, es un atrapante y ejemplar texto que resultará inolvidable para quien tenga la valentía de afrontarlo. Con un inexperimentado pero agudo observador (Ismael), un frenético obsesivo (Ahab), un prolongado viaje de caza marítima (el viaje del “Pequod”), y un enorme y particular cachalote blanco (Moby Dick), consigue describir el mundo entero: las geografías más variadas, las historias de los hombres y de las civilizaciones, la variedad de las culturas, e incluso se anima a sumergirse en las insondables profundidades del alma humana.

El capítulo XXXII de Moby Dick se titula “Cetología”. En lo que muchos encuentran un extenso, monótono e inútil acopio de la variedad de cetáceos que habitan los mares, otros encontramos un ejemplar tratado de epistemología y de filosofía de la ciencia. El autor se da el lujo de hacer un entretenido compendio del modo humano de conocer, del poder de la observación y la inducción, del valor de las descripciones exhaustivas y los trabajos científicos precedentes, y de la sobrevivencia de las creencias a pesar del poder demoledor de la evidencia científica. Destaca especialmente el valor de la distinción y de la clasificación, la importancia crucial de un preciso aparato taxonómico para avanzar a pie firme sobre los hallazgos y las novedades.

“Cetología” es un capítulo colmado de enseñanzas, de chispeante humor y de notable valor literario. Hace de la ciencia de las ballenas una magnífica obra de arte y un homenaje al conocimiento disciplinado de los hombres. ¡Llega al colmo de cuestionar al mismísimo Linneo, no cualquiera se atreve a tanto! Veamos:

Estado del arte.

“Hay sólo dos libros existentes que pretendan de un modo o de otro presentaros al cachalote, y que, al mismo tiempo, tengan el más remoto éxito en su intento. Esos libros son los de Beale y Bennett, ambos, en su tiempo, médicos en los balleneros ingleses del mar del Sur, y ambos hombres exactos y de fiar.”¹

Esta es la primera tarea que emprende Melville para desarrollar en detalle el tema que se propone. Recurre a toda la bibliografía de la época, la que resulta ser sorprendentemente extensa. Menciona exhaustivamente los libros y autores que hacen referencia a las ballenas, comenzando por el relato del gran pez que se tragó a Jonás y lo depositó en las inmediaciones de Nínive. En esa extensa bibliografía hay mitos, leyendas, relatos fantásticos de viajes. Experiencias concretas relatadas por marinos, científicos, marineros y arponeros. Sin embargo, este enorme y caótico caudal de información y referencias, no parece resultarle útil para emprender la tarea de describir a los cetáceos de modo claro y preciso. Por ese motivo elige como referencias principales los textos de esos dos médicos a bordo de balleneros ingleses en los mares del sur. Acaso por su formación y capacidad de observación minuciosa, entiende que ambos son hombres exactos y de fiar.

¡Perfecta elección de Melville! Ahora cuenta, como todo científico que se precie de serlo, con antecedentes confiables que le permitan tener una idea cabal del campo de conocimiento y de lo que se llama “el estado del arte” en ese momento histórico. Es ni más ni menos lo que eminentes científicos han hecho a lo largo de la historia.

Pararse sobre hombros de gigantes (*nanos gigantum humeris incidentes*) es una metáfora que significa: “Usar el entendimiento adquirido por los principales pensadores anteriores, para hacer un progreso intelectual, para descubrir una verdad ayudados por sus experiencias previas. El concepto se

¹ En todas las citas se toma como referencia a: Melville, H. Moby Dick. (Traducción de E. Pezzoni) De Bolsillo, Buenos Aires, 2009.

remonta al siglo XII, y se lo atribuye a Bernardo de Chartres. Sin embargo, la versión más conocida es la de Isaac Newton en 1675: "Si he visto más lejos, es poniéndome sobre los hombros de Gigantes."

Según nos lo recuerda la siempre discutida pero indispensable Wikipedia, en la novela de Umberto Eco, "El nombre de la rosa", William de Baskerville pronuncia palabras similares cuando habla con Nicolás, el maestro vidriero del monasterio. Nicholas dice acerca de su arte: "¡Ya no tenemos el aprendizaje de los antiguos, la era de los gigantes ha pasado!" - acaso Eco esté anunciando el Renacimiento y la Ilustración -. Nicolás parece despotricar contra la falacia de autoridad, aquella en la que se reconoce la certidumbre de algún conocimiento o afirmación científica por el mero hecho de haber sido sostenida por un sabio o un filósofo de renombre. Sabiamente William responde: "Somos enanos, pero enanos que se paran sobre los hombros de esos gigantes y, aunque pequeños, a veces logramos ver más lejos en el horizonte que ellos".

Melville reconoce haber encontrado, en medio de la gran confusión, unos hombros confiables sobre los cuales pararse para seguir adelante.

Contra Linneo.

“Los motivos por los cuales Linneo desearía desterrar de las aguas a las ballenas se declaran como sigue: «A causa de su corazón caliente y bilobular, sus pulmones, sus párpados móviles, sus oídos huecos, penem intransentem feminam mammis lactantem —y, finalmente—, ex lege naturae jure meritoque».

Expuse todo esto a mis amigos Simeon Macey y Charley Coffin, de Nantucket, ambos compañeros míos de rancho en cierto viaje, y estuvieron concordes en la opinión de que las razones presentadas eran completamente insuficientes. Charley, desvergonzadamente, sugirió que eran tonterías.

Sébase que, eludiendo toda discusión, adopto el punto de vista, pasado de moda, de que la ballena es un pez, e invoco a mi favor al santo Jonás. Decidido este aspecto fundamental, el siguiente punto es en qué sentido interno difiere la ballena de los demás peces. Más arriba, Linneo os ha presentado esos artículos. Pero, en resumen, son éstos: pulmones y sangre caliente, mientras que todos los demás peces carecen de pulmones y tienen sangre fría.”

Al parecer he venido alabando a Melville demasiado, he confiado en su aguda apreciación inicial y ahora me siento defraudado, pero... De los errores también se aprende. Quizás el error sea el mejor amigo del progreso científico por más que algunos prefieren evitarlo sistemáticamente.

Melville decide, en contra de sí mismo y de las convicciones expresadas anteriormente, desechar a uno de los hombros a los que le hubiera convenido subir. Ese sabio que le hubiera permitido ver mucho más lejos es nada más ni nada menos que el naturalista por excelencia Carlos Linneo, el botánico y zoólogo sueco que acometió y logró llevar a cabo la monumental tarea de hacer la clasificación de los seres vivos.

Eso que Dios le propuso a Adán en el Génesis - que les pusiera nombres a todos los seres vivientes sobre la tierra - terminó haciéndolo Linneo en el siglo XVIII. Desarrolló un sistema de nomenclatura binomial que se convertiría en clásico: en primer término, el género y en segundo, la especie. Por otro lado, agrupó los géneros en familias, las familias en clases, las clases en tipos y los tipos en reinos.

Para dar un ejemplo adecuado al tema que estamos tratando:

Ballena franca austral (*Eubalaena australis*) una especie de cetáceo de la familia Balaenidae propia del hemisferio sur. Clase: Mammalia, Subfilo: Vertebrata, Filo: Cordata, Reino: Animal



4

En contra de lo establecido por Linneo, nuestro Herman Melville adopta el viejo punto de vista de que la ballena es un pez invocando a su favor a Santo Jonás. Además, en esa extrema herejía científica, rechaza por inválidos los argumentos del sabio naturalista, y se apoya en las opiniones de sus amigos Simeón y Charley, compañeros suyos de tripulación, quienes también afirman que la ballena es un pez. Charley incluso asevera que eso de que la ballena es un mamífero es una vulgar tontería. Si, hay que reconocerlo, coincide con Linneo en que la ballena se diferencia de los demás peces por tener sangre caliente y pulmones, nada más ni nada menos.

Lo afirmado por Melville en estos párrafos, vistos desde hoy, constituyen un flagrante disparate, sin embargo, subyacen algunas grandes enseñanzas entre las que podemos destacar:

- 1) Recuerda siempre tener en cuenta el camino recorrido por grandes y prestigiosos científicos.

² La costumbre de incluir imágenes ha llegado a convertirse finalmente en un hábito. Creo que cuentan su propia historia dentro de la narración y establecen un segundo nivel del discurso que es mudo. Sería una ambición para mí producir el tipo de prosa que encierra un grado de mutismo en sí misma. (Sebald, 1997, p.13) Citado en: Lopez, I. "El viaje sin retorno: Consideraciones sobre la obra de W. G. Sebald. Arte y políticas de identidad 2010, vol. 3 (diciembre) 71-86. Murcia, España.

2) Es peligroso ponerse en contra de lo que la comunidad científica afirma en un momento dado de la historia, para hacerlo debes lograr pruebas argumentales de gran peso.

3) Cuidado con las opiniones de los Simeon y Charley de esta vida. Los amigos son excelentes para las confidencias, para las aventuras, para tomarse una cerveza, para reír a carcajadas, para salir de farra. No son tan buenos, en general, a la hora de compartir conocimientos sin fundamentos, “verdades” apoyadas en la mera opinión o en creencias sin evidencias.

No es poco adquirir estas enseñanzas gracias al paso en falso cometido por el narrador de Moby Dick. ¡Tampoco le echemos toda la culpa a Melville!

Conflicto de intereses.

“A continuación: ¿cómo definiremos a la ballena por sus signos externos evidentes, de modo que la etiquetemos de modo conspicuo para todo lo sucesivo? Para ser breves, entonces, una ballena es un pez que lanza chorros y tiene cola horizontal. Ya la tenéis.”

Hemos llegado a un punto en el que el ballenero tiene que tomar una decisión pragmática. A pesar de que ella entra en conflicto con su voluntad descriptiva científica, decide simplificar los criterios distintivos de las ballenas para que los vigías, los arponeros, los que practican la faena, no duden al elegir el objetivo. Estamos ante un flagrante conflicto de intereses que se resuelve rápidamente a favor de lo práctico y lo lucrativo. A favor del negocio. Después de todo, los buques balleneros que surcan los mares de toda la tierra, no tienen un propósito científico, su objetivo es hacer dinero con la caza de los cetáceos. La grasa, y sobre todo su esperma de estos animales, tienen un altísimo valor de mercado. Conviene recordar que la iluminación de las grandes ciudades está asegurada por el combustible oleoso que se obtiene de la ballena.

¡De ese modo señores, todo lo que en el mar lance chorros y tenga cola horizontal es un objetivo!

Es menester decirlo: el chorro pone de manifiesto la respiración pulmonar y la cola horizontal resulta ser lo que en otros animales serán las patas traseras. Usted mismo, señor Melville, está dando las características básicas que derrumban su teoría de que la ballena es un pez.

Claramente esa no es una preocupación para marinero de guardia que se encuentra en la cofa del palo mayor. El avista un chorro y listo: alerta a la tripulación para que se inicie la caza.

Taxonomía práctica.

“Y entonces, ahora vienen las grandiosas divisiones de la entera hueste ballenaria. Primero: según el tamaño, divido a las ballenas en tres LIBROS básicos (subdivisibles en CAPÍTULOS), y éstos comprenderán, a todas, grandes o pequeñas.”

Decididamente a espaldas de Linneo, el narrador ensaya una clasificación que no pretende la exactitud zoológica, sino una orientación rápida para la adecuada toma de decisiones. No todos los cetáceos son iguales, hay ballenas que, por los productos que se pueden extraer de ellas en calidad y en cantidad, son más valiosas que otras.

Divide a las ballenas y a sus parientes cercanas según el siguiente criterio:

1) la ballena Infolio, 2) la ballena en Octavo y 3) la ballena en Dozavo.

Entre las primeras, el grupo máspreciado incluye al Cachalote, el nuevo rey de los mares, a la ballena de Groenlandia, la más conocida, y a la Ballena Franca entre muchas otras. Las segundas, las ballenas en octavo, incluyen especímenes de talla media y de menor valor comercial. Finalmente, en el grupo en dozavo incluye a los diferentes grupos de marsopas. Se incluye en este último grupo el vasto mundo de los delfines.



6

Conste que lo expuesto, es un somero resumen de la clasificación que se incluye en la novela. Ella abunda en datos diferenciales y criterios de identificación - como dijimos - orientados a definir los mejores objetivos de caza según los criterios comerciales. Los ejemplares más pequeños, los de los grupos dos y tres, se constituyen en muchos casos, en una especie de payasos de los mares. Acompañan a los barcos, hacen piruetas, emiten sonidos, ensayan danzas, que divierten y distraen a los marineros en esos días de calma chicha, esos días en que el viento se ha tomado un descanso y el mar parece adormilado, aceitoso. Por momentos, a veces por días enteros, el tedio amodorra a los tripulantes que no encuentran a los preciados cetáceos mayores.



De casualidad, la gran enseñanza.

“Finalmente: se dijo al comienzo que este sistema no sería llevado a término aquí y en seguida. No se dejará de ver claramente que he cumplido mi palabra. Pero ahora haré que mi sistema cetológico quede así inacabado, igual que quedó la gran catedral de Colonia, con la grúa aún erguida en lo alto de la torre incompleta. Pues las pequeñas construcciones pueden terminarlas sus propios arquitectos; las grandes y auténticas dejan siempre la piedra de clave a la posteridad. Dios me libre de completar nada. Este libro entero no es más que un borrador; mejor dicho, el borrador de un borrador. ¡Ah, Tiempo, Energía, Dinero y Paciencia!”

La sensatez de la ciencia parece retomar el control de la exposición. Parece como que intentara hablar de sí misma destacando sus características más elogiadas.

Toda propuesta verdaderamente científica, es humilde y se reconoce inacabada.

El científico que dice haber encontrado la verdad y agotado su objeto de estudio, peca de engreído, de soberbio y de necedad, que es lo contrario a la sabiduría. La ciencia se caracteriza por tener una propuesta provisional, por ese motivo tiende a hablar de verificabilidad, dejando la verdad para otros tipos de conocimientos y especulaciones. Lo provisorio e inacabado supone la falibilidad. Es propio de la ciencia fallar, errar. Ya lo dijimos, la enseñanza del error es invaluable, suele echar por tierra nuestras conjeturas, permite rediseñarlas, purificarlas y hacerlas más precisas.

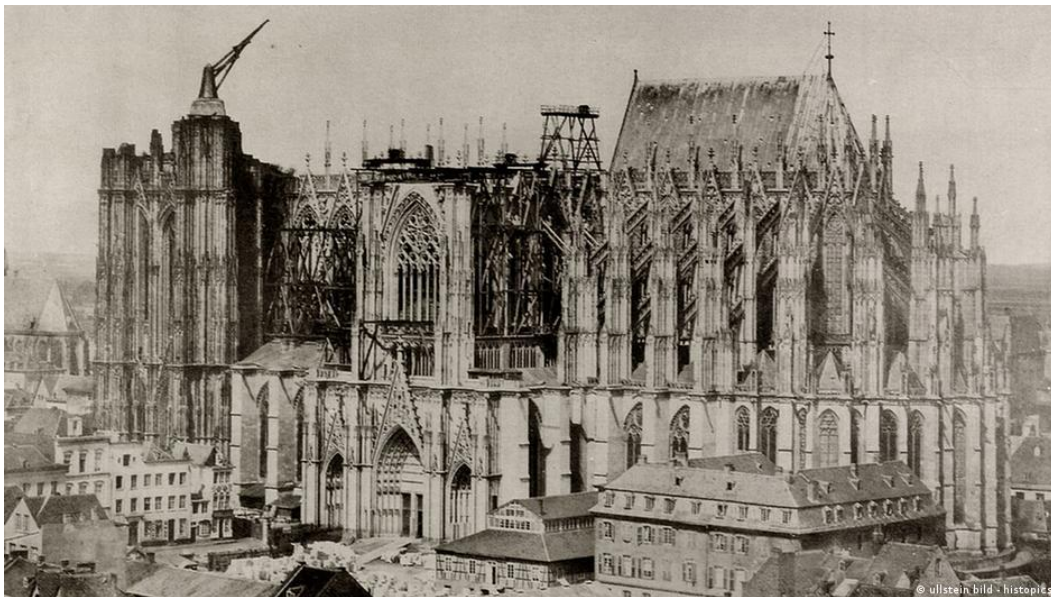
La verdadera ciencia se examina en el error, no en la repetición indefinida del éxito. Pone a prueba sus hipótesis, las que, si resisten a cada intento destructivo, salen robustecidas y solidificadas.

El camino de la ciencia siempre se encuentra inacabado, cada puerta que se abre da acceso a ambientes que tienen decenas de nuevas puertas a investigar. De otra manera, desde otra perspectiva, estamos repitiendo aquello de los hombros de los gigantes. Por ser inacabada la ciencia permite que los hombros de cada científico sean un escalón para el siguiente. Cada conquista científica, acerca al hombre al conocimiento completo que desea lograr, pero que nunca alcanzará.

¿Una empresa inútil entonces? ¡Nunca! ¡Se trata de un paso adelante en el modo humano de conocer! La totalidad del conocimiento se halla más allá, mucho más allá de nuestras capacidades cognitivas. Me atrevo a agregar que éstas, siendo magníficas, sólo nos permiten atisbar la inmediatez, la proximidad, la superficie.

La imagen de la catedral gótica de Colonia inconclusa es maravillosa. En ese sentido Melville es un delicado escritor, recurre a analogías instructivas y hermosas. Destacar que la grúa se erige en el lugar que luego habrá una torre completa, es estampar con una imagen fuerte y precisa, la provisoriedad, la humildad y el camino sin fin de la ciencia.

Google me ha proporcionado la imagen adecuada. Se aprecia la grúa tal como la describe Melville:



8

“Pues las pequeñas construcciones pueden terminarlas sus propios arquitectos; las grandes y auténticas dejan siempre la piedra de clave a la posteridad. Dios me libre de completar nada.”

Sería una falta de respeto comentar esta frase, es mejor contemplarla. Si el libro sólo contuviera esta enseñanza, ya hubiera valido el esfuerzo de ser escrito.



Este texto también es provisorio, no aspira a ser conclusivo. Intenta ser un complemento del borrador, del borrador. Aún inacabadas, aún frustradas, aún mutiladas, la mayoría de las obras de los hombres son fantásticas muestras de amor por la belleza, el bien y la verdad. La ciencia es una de las fuentes de esas obras.

¡Gracias por la lección remoto ballenero!.